



EL NUEVO PUENTE DE TOLEDO

Toledo y sus puentes.

PARECE que los antiguos puentes toledanos — el de Alcántara y el de San Martín — son insuficientes para el tráfico actual de la vieja ciudad, la más representativa de nuestra vida medieval. Ocupa Toledo un escarpado cerro granítico circundado en gran parte por el Tajo que corre encajonado en lo hondo de una abrupta garganta, formando magnífico foso natural a la ciudad. Por la parte del perímetro que el río no protege extiéndese la vega, en parte separada de aquélla por el escarpe del cerro toledano y en parte enlazada a la urbe por pendientes suaves, en las que hubo necesidad en la Edad Media de levantar las defensas más fuertes, al hallarse desprovista de naturales.

Los romanos llegaron con sus edificaciones hasta la vega, y bajo el suelo actual, cuyo nivel ha aumentado con los restos de tantas civilizaciones allí sedimentados, se encuentran sin duda interesantes vestigios, de los que se perciben, cada día más borrados, los del circo. Hay testimonio de que en tiempos visigodos ocupaban también la vega importantes construcciones. Más tarde, durante la Edad Media, Toledo vivió encerrada dentro de sus muros. En la actualidad algunas fábricas y edificios modernos, no muchos, extiéndense fuera de las murallas, por la vega y cerca de la estación; la ciudad no ha tenido en nuestros días acrecentamientos considerables, continuando reducida a su doble vida clerical y militar. De sus puentes, fortificados ambos, el de Alcántara hallase próximo a uno romano destruido, aguas abajo, y el de San Martín sustituye a otro de barcas,

situado hacia el torreón llamado Baño de la Cava. Los dos están en lugar de fácil defensa, dominados por las fortificaciones de la ciudad y sus alturas próximas, de manera que fuera posible impedir su acceso y batir a los que intentasen pasarle, si el caso llegaba.

Toledo, resumen de la España medieval.—Su conservación.

Si existe una sola ciudad en España que debiera conservarse con celo extraordinario es, sin duda alguna, la de Toledo. En ella se ve claramente la característica más original de nuestro espíritu medieval y de nuestra raza, la mezcla de gentes y civilizaciones septentrionales y orientales. A un extranjero, a un europeo a quien quisiéramos mostrar la complejidad española, no haríamos nada mejor que llevarle unas horas a que se sumerja en el ambiente toledano. Felizmente, aun conserva la vieja ciudad gran parte de sus monumentos y de sus calles y rincones típicos, tan interesantes como aquéllos; aun el agrupamiento de sus templos y viviendas, vistos a distancia, y los detalles de iglesias y caserío percibidos al recorrer sus vías, hablan al viajero septentrional de un mundo nuevo distante de Europa. El abandono de otros tiempos y las profanaciones modernas no han conseguido hasta el momento actual desfigurar mucho su ambiente secular. Y aun para algunos de nosotros quedaba la esperanza de que un buen día se sometiese a la dirección de un técnico de espíritu y sensibilidad modernos, con facultades amplísimas, asistido por un fuerte núcleo de opinión toledana, capaz de corregir los entuertos artísticos susceptibles de ello, cuidar celosamente del aspecto de la ciudad y de sus monumentos y vigilar las nuevas construcciones y el ensanche para que armonicen con la urbe vieja. Unas sencillas obras de limpieza y exploración como las realizadas en los templos de San Lucas, Santiago del Arrabal y la Sinagoga del Tránsito en los últimos años, no dejarían de aumentar considerablemente el interés y la belleza de los edificios toledanos. Bastantes casas conservan restos de decoraciones mudéjares, que se van perdiendo, y patios bellísimos desaparecen sin dejar rastro, mientras monumentos tan interesantes como las Tornerías y otros muchos permanecen ignorados para la mayoría de los visitantes de la imperial ciudad.

De esta ideal urbanización quedarían proscritas, naturalmente, las restauraciones radicales que desfiguran por completo los viejos monumentos y las modernas construcciones de un pretendido estilo antiguo o toledano, tan desdichadas como el Hotel Castilla.

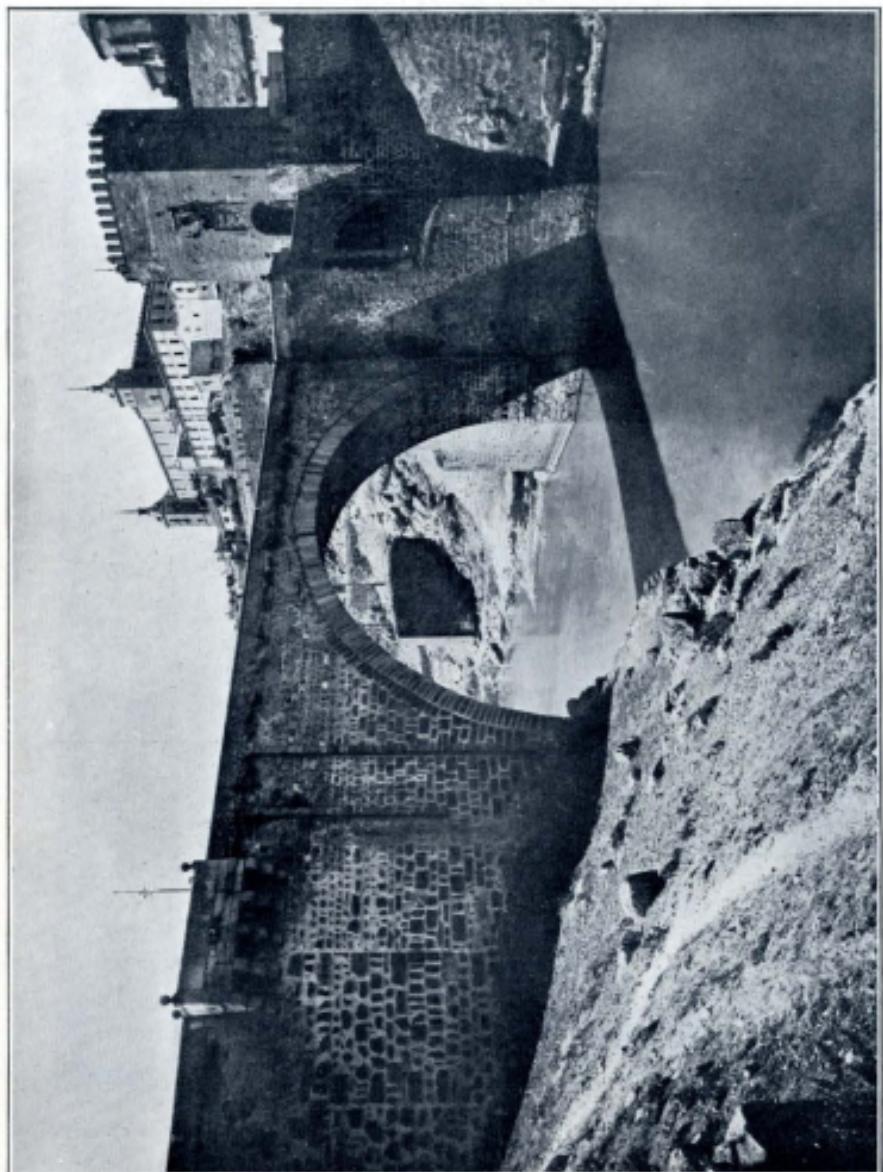
La necesidad del nuevo puente y su emplazamiento.
Dicen que el viejo puente de Alcántara no es suficiente para las necesidades del tráfico actual. A consecuencia de ello, se ha pensado en construir otro inmediato, y creemos que debe andar próximo a terminarse el proyecto para la nueva obra.



TOLEDO. — ARCO DE ENTRADA AL PUENTE DE ALCÁNTARA.

Fot. Roig.

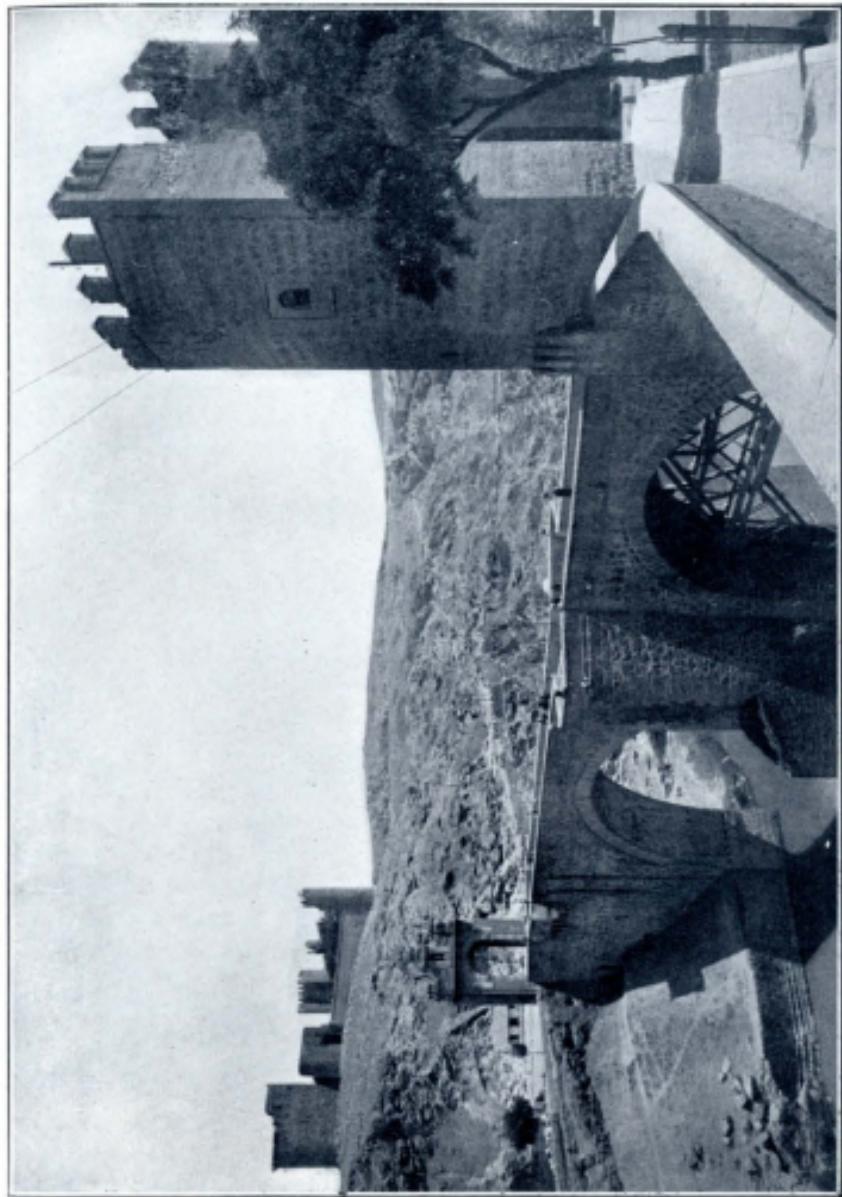




TOLEDO. — PUENTE DE ALCÁNTARA.

Fot. Roig.

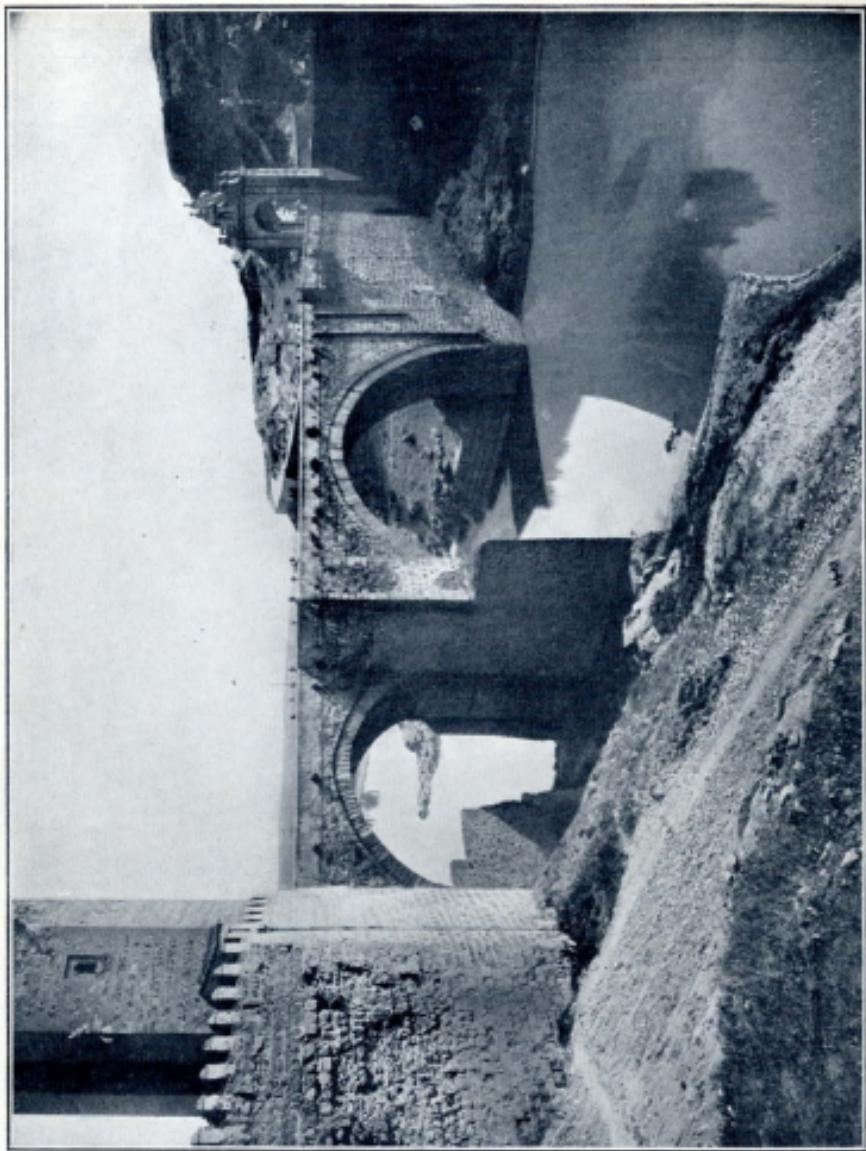




TOLEDO. — PUENTE DE ALCÁNTARA.

Fot. Roig.





TOLEDO. — PUENTE DE ALCÁNTARA.

Fot. Roig.



En periódicos y revistas se han publicado varios artículos acerca de lo que debe ser, y entre ellos uno, en el diario de Madrid *El Sol*, escrito por el director de la Escuela Superior de Arquitectura, el Sr. López Otero, con cuyas ideas estamos de completo acuerdo.

Pero antes de fijar la necesidad de establecer un nuevo paso junto al puente de Alcántara, ¿se ha estudiado bien, con un concepto moderno, la urbanización y ensanche de Toledo? Creemos que no. Creemos que no se ha relacionado el proyecto del puente con otra porción de problemas de la ciudad que le condicionan y pueden hacer variar su planteamiento. Hay que estudiar su emplazamiento a la par que la urbanización y ensanche de Toledo; lo demás es resolver fragmentariamente y mal el problema: si la población, aunque lentamente, crece, si su recinto es estrecho para el Toledo actual, debe, en primer lugar, pensarse en su ensanche. Su estudio está mandado hacer con carácter general para todas las poblaciones mayores de 10.000 habitantes, por una disposición reciente. En el caso de Toledo, por su situación topográfica, el ensanche tiene marcada su dirección, que es la de la vega y el arrabal de las Covachuelas, extramuros. En el resto de su perímetro, el río forma una barrera prácticamente infranqueable para todo aumento de la población, acrecentada aún más por lo quebrado del terreno de la otra orilla. En aquella parte, poblada ya en tiempos romanos y godos, hay que estudiar, como hemos dicho, a la par que el ensanche, su enlace con la población antigua, de tal modo, que en vez de desfigurar ésta, se dé más vida a los monumentos, puertas y murallas que miran a la vega. Formando en tal lugar un barrio higiénico, cómodo, moderno, bien enlazado con el interior de la ciudad, se desarrollará rápidamente, sin duda alguna. Y entonces, el puente a construir no deberá serlo en las proximidades del de Alcántara, en la garganta que forma el Tajo, sino aguas arriba, en la vega, en la parte baja, no lejos de la estación, enlazándola directamente con el barrio moderno. Como el tráfico para el que el puente de Alcántara resulta hoy insuficiente es principalmente el procedente de la estación, la construcción del nuevo en el lugar que nosotros proponemos, descongestionaría a aquél considerablemente, y las mercancías podrían llegar al centro de la ciudad por un camino mucho mejor, más cómodo y de más suaves pendientes que el actual. Llegariase, incluso, sin violencia, a dejar el viejo puente tan sólo para peatones y caballerías y a encauzar por el nuevo todo el tráfico rodado. El viajero, el turista, podría llegar en coche o automóvil a la entrada del puente antiguo, y hacer a pie la ascensión hasta el Zocodover por las cuestas bien acondicionadas, por el convento de la Concepción y Santa Cruz, gozando de la visión de aspectos de singular belleza. Esto es lo que aconseja el sentido común.

En las grandes poblaciones del Marruecos francés se han construido ciudades modernas extramuros de las antiguas, respetando éstas en su total integridad. Y en muchas europeas, interesantes por su ambiente medieval, orientase el desarrollo hacia un ensanche fuera de ellas, procurando preservar su viejo aspecto. No se trata en tales casos más que de encauzar y dirigir el crecimiento moderno de las ciudades históricas que, abandonando los lugares fuertes y enris-

cados que ocuparon en la Edad Media, tienen tendencia natural a aumentar y extenderse por el llano, en las cercanías de las estaciones y de los cruces de las vías de comunicación. Algo de ello debe hacerse en nuestra ciudad. No pedimos que la Toledo actual, el núcleo antiguo encerrado dentro del recinto murado, quede solitario y abandonado a modo de gran museo. Ello, a más de ser prácticamente imposible, haría de una ciudad viva un conjunto muerto, sin alma, desolado. Queremos únicamente que el crecimiento y las transformaciones modernas de la urbe se realicen fuera del antiguo núcleo toledano, para que, al mismo tiempo que esas necesidades del momento presente queden mejor atendidas, no se raje y destroce un conjunto urbano dotado de tal unidad y tan vibrante espíritu. Dejemos ya descansar el suelo de la ciudad, fatigado de servir de cimiento a tanta civilización como en él se fué sedimentando, y construyamos nuestros modernos edificios sobre las tierras de labor de la vega, libres desde hace siglos de edificaciones. Queden en el núcleo milenario la Catedral y las innumerables iglesias y conventos, los museos, el pequeño comercio, los industriales y artífices que trabajan en sus viviendas como los de antaño, y construyamos en la vega barrios modernos, fábricas y escuelas, jardines y paseos. Para realizarlo, no hace falta más que la voluntad enérgica y perseverante de un grupo de toledanos, de nacimiento o de adopción; un poco de ayuda en los órganos directores de la nación, que creemos no sería nunca negada si se consiguiera promover un movimiento por aquéllos, y el concurso de unos técnicos discretos y entusiastas, de buen gusto y sentido común.

El puente viejo y el que se proyecta.

Entrase por el puente de Alcántara, hoy día, desde la estación del camino de hierro, en la ciudad. Su visión, en donde comienza la garganta del Tajo, entre las dos orillas escarpadas, dominada la entrada por el castillo de San Servando, contemplándose la ciudad escalonada, con sus palacios, iglesias y conventos al fondo, abrazada por la hoz del Tajo, es de una belleza inexpressable, que podría aún acrecerse al limpiar y destruir los pegadizos de la vieja muralla y realizar un trabajo de limpieza y desescombrado en las cuestas que, desde el puente, dan acceso a la ciudad.

El puente es como síntesis de la historia toledana. Edifícase en época musulmana, y de entonces quedan algunos restos del estribo izquierdo y un pequeño arco de herradura que pasa casi inadvertido. En su fábrica empleáronse sillares romanos y fragmentos de decoración goda, de los que tanto abundan en los muros de iglesias y fortificaciones. Las violentas avenidas del Tajo lleváronse repetidas veces el pilar central, arruinando el gran arco que salva el río. En 1217 hubo necesidad, por dicha causa, de reconstruir el puente y las torres de sus extremos; en 1258, las aguas lleváronse el puente una vez más, y Alfonso X ordenó rehacerle, siendo la obra de su tiempo la que ha llegado hasta nuestros días, con algunas reformas. Una inscripción, reproducida en el siglo XVI en la

torre del lado de la villa, nos cuenta su historia. Esta torre, resto aun de la reparación de 1217, sufrió importantísima restauración en 1484, al mismo tiempo que se construía el arco pequeño. En 1575 se modernizó el frente de la torre que mira a la villa. En 1721 el puente amenazaba ruina y hubo que repararle nuevamente; al mismo tiempo se derribó la gran torre que defendía la entrada bajo el castillo de San Servando, reemplazándola por la puerta barroca que existe aún. Otros reparos se hicieron en 1788 y durante el siglo XIX, sin alterar su aspecto general; no hace aún muchos meses se consolidó el arco pequeño. Tal es, en síntesis, la historia de este viejo puente de Alcántara, abrumado de recuerdos y años, que abre paso sobre el Tajo a la ciudad castellana.

Y he aquí que esta visión incomparable del río, el puente, la ciudad y la vega, se quiere recargar con otro nuevo puente, a pretexto de que el antiguo no satisface las necesidades del tráfico actual.

Se ha hablado de su estilo, de cerámicas artísticas y hierros de época; tal vez se pretenda construirle con carácter toledano y empaque monumental. Somos muchos los que vemos ya agobiado el Tajo bajo el peso de semejante obra, destruida la unidad de aquel lugar incomparable con una que tal vez pueda ser maestra en otro lugar, nunca allí. Pues nuestra repugnancia a la construcción del puente en semejante emplazamiento no es de ninguna manera temor a la impotencia de la arquitectura contemporánea, como se ha supuesto, sino seguridad de que la entrada de Toledo, tal como está hoy, no necesita la añadidura de ninguna construcción más. Fuera posible levantar junto al viejo puente cualquiera de las grandes obras maestras de la arquitectura antigua, y haría irremediablemente mal. Fuera posible trasladar allí cualquiera de nuestros viejos puentes, y el Tajo parecería abrumado bajo la pesadumbre de los dos, y la vista, que exige también su lógica para el goce estético, repugnaría la anomalía del doble paso. Ingenieros y arquitectos son capaces, sin duda, de proyectar puentes bellísimos — podrían citarse algunos modernos — en otro cualquier lugar, nunca allí.

El puente viejo en sí no creemos sea obra de extraordinario valor artístico o arqueológico. Pero insistimos aún más: en el lugar en que se halla, en aquel paisaje, acompañado de las construcciones inmediatas, posee belleza extraordinaria y forma un conjunto único y maravilloso con la naturaleza y los monumentos próximos, aunque obra éstos de muy diversas épocas y civilizaciones. El tiempo, en su fluir continuo, y los hombres, inconscientemente, sin pretenderlo, fueron autores de aquel rincón de nuestra vieja ciudad. El río fué día tras día ahondando su cauce; vientos y lluvias, en el transcurso de los siglos, redondearon aristas, desgastaron las rocas, colorearon la piedra. Cayéreronse unas construcciones, levantáronse otras en el solar de aquéllas. Y tras una labor de ochocientos años, llegó a nosotros la entrada de Toledo plena de recuerdos, sugeridora de toda la historia medieval española, dotada de sereno equilibrio y singular armonía.

— 157 —

Pero si el puente se construye...

Pero como las ideas más torpes y absurdas son muchas veces las que triunfan, debe preverse el caso de la construcción de un nuevo puente junto al de Alcántara. Si existe necesidad ineludible de construirlo, si se insiste en situarle cerca de aquél, queremos — y creo hablar en este caso en nombre de un grupo de gentes que deben a Toledo algunos momentos de goce espiritual — un puente moderno, un puente que sea obra representativa de nuestros días y no un *pastiche* más. Queremos un puente ingenieril, un arco o una viga de cemento armado, sin masa casi, que sea como una línea tendida sobre el cauce del río. Nada de cerámicas ni hierros artísticos; nada de remediar inhábilmente formas antiguas desaparecidas hace siglos ni de resucitar los llamados estilos históricos. Siguiendo la lección del pasado, hagamos una obra actual, modernísima, en la seguridad de que será la que menos desarmonice en aquel lugar. Así lo ha dicho el Sr. López Otero con palabras acertadísimas: «Quien lo proyecte tiene que huir de todo propósito de emparejar morganáticamente el arte con la ciencia, ni de adornar el cálculo con la fantasía, ni de buscar consejos decorativos, ni socorros cerámicos, ni pensar en otra cosa que en disponer la viga o el arco del modo más inadvertido posible, sin otra finalidad estética que la que pueda tener un poste de telégrafo o un soporte de línea eléctrica. «El cálculo hecho sólido», sin ninguna otra aspiración vanidosa.» Una línea recta atravesando el Tajo no descompondría demasiado el aspecto de esa entrada de Toledo. Uno de los principios fundamentales de la decoración es el del contraste entre la sencillez y la complejidad, de la línea pura y la forma atormentada, del trazado geométrico y la naturaleza.

Y — cosa curiosa — ha sido el director de la Escuela de Ingenieros de Caminos quien se muestra partidario de que, después de proyectado el puente de cemento armado, sea realizado por la ornamentación y se le engalane con revestimientos cerámicos, creyendo, sin duda, que su sola estructura no posee valor artístico suficiente.

En las páginas de esta revista se viene repitiendo insistenteamente que las estructuras modernas suelen poseer suficiente belleza en sí mismas, sin necesidad de añadido alguno, y que al tratar de hacerlas artísticas es cuando se las desfigura y ridiculiza. Eso es lo que afirma la estética moderna de estas cuestiones, y ello no obedece a una moda pasajera, sino a un sentimiento artístico del momento presente. Un poste telegráfico — aunque otra cosa crea el Sr. Machimbarrena, respetable director al que aludimos — puede tener considerable importancia estética, ya que ésta no es condición que se adquiera por la riqueza o magnitud de una obra, sino por más intimas y sutiles cualidades.

El que crea que un puente de material y estructura modernísimos no ha de armonizar con el viejo de Alcántara y con el paisaje y edificios cercanos, nos parece se engaña. Tanto la naturaleza como la historia artística muéstranos innumerables ejemplos de armonías logradas con cosas muy dispares, al parecer. El mismo puente toledano es un muestrario de diversas épocas y artes, y nadie pretenderá que le reformemos para darle unidad destruyendo su ingreso barroco o rehaciendo la torre del lado de la ciudad para que parezca de época del rey

Sabio. Las construcciones cercanas cada una es de tiempo distinto y de diferente traza y estilo. Siguiendo la lección del pasado, lancemos sobre el río, si no hay más remedio, un puente que sea obra de nuestros días, conforme con nuestra sensibilidad; un puente casi sin masa, que sea una línea horizontal sobre el cauce. En otras épocas un puente era un lugar fortificado; el tráfico le cruzaba lentamente, y de trecho en trecho unos ensanchamientos en las pilas permitían a los peatones detenerse seguros para dejar paso a carroajes o comitivas de gentes a caballo. En algunos se establecían tiendas, hasta viviendas —en el viejo de Florencia, en el de Zaragoza—, y era una calle más de la villa. Hoy un puente es tan sólo un paso lo más fácil y rápido posible. Tal es su carácter moderno; el cemento armado permite satisfacerle en excelentes condiciones. Al lado del de Alcántara, de su arco soberbio de más de 28 metros de luz y su gran masa, aparecería sutil, ligerísimo, ingrávido, el contemporáneo.

¿Ingenieros o arquitectos?

El que el nuevo puente sea proyectado por un ingeniero o un arquitecto, es cosa que a nosotros —y a la opinión— no interesa. Que el problema se resuelva del modo más perfecto posible: esto es lo realmente interesante. Si la solución fuera la lógica que propugnamos, parece desde luego que el estudio de la urbanización y ensanche de Toledo y emplazamiento del nuevo puente debe ser motivo de un concurso entre arquitectos, ya que oficial y extraoficialmente son los técnicos más capaces para ello. Y el proyecto de puente podría salir a concurso entre ingenieros de Caminos, si se optase por el cemento armado —a nosotros, aun en ese emplazamiento, algo apartado del de Alcántara, sigue pareciéndonos la mejor solución—o el hierro, o, de no fijar material, o que éste sea la piedra, que al concurso puedan concurrir ingenieros y arquitectos, individualmente o asociados.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.



Puentes sobre el río Besaya, en la provincia de Santander. — El tramo central del viejo puente se hundió y ha sido reconstruido con hormigón armado, sin pretensión alguna artística, y, sin embargo, es obra bellísima y artística.

Dibujos de R. Fernández Balbuena.